

GOYESCA DE GOYA

Escribe: **HECTOR ROJAS HERAZO**

Goya es todo lo animal, todo lo sabio, todo lo misterioso de España, metido, apisonado, dentro de un baturro en traje palaciego. Un baturro, malhumorado y soez, que se quedó sordo de tanto oír esa charanga de misa negra que bufa en las entrañas del toro ibérico. Goya es feroz. A Goya no le vienen con cuentos. Con realezas de carnaval ni con manneritas francesas. Ni con principios de la paz ni con señoritos de miriñaque. Goya va al grano, a la raíz, al tuétano puro. Por eso es rabioso, por eso es popular. España, no lo olvidemos un solo momento, es rabiosa y popular. España lo ha hecho todo con su rabia y su pueblo. Y Goya es su síntesis. El Greco tenía demasiado bizantinismo en la sesera, demasiado silogismo plástico, demasiadas sutilezas helénicas, para redondear su españolidad.

En cambio a Goya ni le falta ni le sobra nada. Está completo. Tiene la salud del Arcipreste —esa salud que dan los huesos sólidos y la panza repleta de caldos succulentos— y la fiebre alucinada de la abadesa de Avila. En el fondo una salud religiosa. Un deseo de acercarse a lo más puro con los jugosos instrumentos de la elementalidad. No tenemos más que verlo en cualesquiera de sus autorretratos: la testa recia, la mirada desafiadora de un chulo endomingado, hirsuta la pelambre, el belfo saliente, despectivo, chocarrero. Están de más esos adminículos caballerescos, muy de la época: ese cubilete, ese cuello en alas, esa levita entallada que, apenas, alcanza a disimular su torso de tripudo jayán, esa corbata con pretensiones brumelescas. En verdad, aquel atuendo no consigue cosa distinta a poner de relieve su ordinariez, su bravura y su empuje. Ese genio suyo hecho de hoces, de cruces partidas, de labriegos que blasfeman con los maceteros engarfiados y se ponen a danzar en torno a los tricornios invasores chamuscados por la pólvora.

De ese viento de palabras y actitudes al rojo vivo está hecha la mirada de Goya. Porque con Goya el pueblo se mete en las cámaras reales, en las fiestas de los jardines galantes, en los cuchicheos de pasillo, en los purpúreos salones eclesiásticos. Y con Goya el pueblo se mira a sí mismo. En su picardía, en su locura, en su heroicidad, en su hambre, en su diversión lujuriosa. Goya pondrá a los sacerdotes parroquiales a acaballar sus jamelgos de sacristía; sorprenderá a los hijosdalgo buscando, a gatas, en la medianoche de las ventas camineras, los rollizos atractivos de las maritornes. Y pondrá a las brujas —esas par-

cas desdentadas que tejen la madeja del adulterio en el teatro del diez y seis— a avivar la parrilla de San Lorenzo.

Y a Goya le gusta el luto, le gusta la sangre, le obseden el ruido sobrenatural y las tinieblas. Estaba loco, loco de una españolidad negra. Estaba loco y lo sabía y le sacaba gusto a su locura. Pero la suya era insania paradójica de quienes están sobrados de sensatez, de quienes han ido demasiado lejos en su intento de desvelar la realidad. Porque Goya no tiene nada que ver con lo de arriba. La cosa es de acá. De la tierra. Por eso no convencen sus santos. No supo —como buen pintor español, como buen español en cualquier orden, como Velásquez o Hernán Cortés o Iñigo de Loyola— ver ni concebir el cielo. Estaba demasiado ocupado con el gigantesco espectáculo de la tierra. Por ahí tiene un San Jerónimo, por destacar uno solo entre muchos ejemplos, que más parece cosa de presidio que criatura de angélico destino. Pero, en cambio, miremos ese turbión gesticulante de sus jayanes de patíbulo. O, si lo preferimos, esos soldados o esos vendedores de arrabal o esos camelleros embriagados que befan a Cristo.

¡Qué seguridad, qué precisión, cuánta potencia realista hay en todo esto!

Goya se detiene —con jugosa delectación y recóndito brío— en estas facciones descompuestas, en estos garfios digitales, en estos músculos, tensos y grisáceos, por los que resbala una lumbre azufrada. Es la vida, la vida de siempre, la que captan sus ojos y la que testifica su pincel. Son brochazos vesánicos, volúmenes de pesadilla, colores que aturden, los que amontona en sus lienzos —todo ello regido, seleccionado, purificado por una quieta e insobornable sabiduría, por un rigor que concluye por emocionar sin emocionarse— este labrador de la pintura. Igual, exactamente igual, a lo que hacen los campesinos en la siega. Sólo que aquí no es centeno ni trigo. Aquí es sangre, sudoroso testimonio, jirones históricos, los que colecta y acompasa, con sus hoces a todo vapor, el jadeante aragonés.

La obra de Goya es, por eso mismo, la última posibilidad renacentista, el último y más fragoroso ademán velazqueño (donde parece que el gran retratista de Felipe IV, el desdeñoso prisionero de una corte otoñal, resolviera, de una vez y para siempre, abandonar sus claroscuros palatinos y respirar el aire libre) de un país y una raza por siempre adheridos al realismo. Ya a las majas, los petímetros, los nobles y los verdugos de Goya se los comió la polilla. Pero los encontramos, frescos y definitivos, en ese mapa donde siguen sonriendo, donde siguen matando, donde siguen oliendo flores, donde siguen taconeando entre fusiles y botellas de manzanilla. Porque Goya lo vio todo de una sola vez. Desde la degeneración de la casa reinante —en ese atónito lienzo donde la reina parece el ambivalente despojo de un manicomio y un lenocinio y Carlos IV un cochero endeudado junto a un príncipe heredero que levanta el pecho con la jactancia de un bandolero de Sierra Morena— hasta el alarido de espantapájaros del fusilado de la Moncloa. Todo eso lo vio y lo padeció Goya. Y vio, también, un niño desolado mirando a un alguacil en la puerta de un orfelinato. Porque Goya, desilusionando a quienes creyeron que estaba sordo, no hizo otra cosa que taparse los oídos. Tenía demasiado con el fantástico escándalo que atesoraba su sueño.